

Estudio mariológico de los milagros de Nuestra Señora de Berceo

POR

CLAUDIO VILÁ, Sch. P.

Dentro de la Mariología es Gonzalo de Berceo el primer anillo que en España entronca con la literatura mariana de San Isidoro de Sevilla y de sus discípulos de Zaragoza y de Toledo. Pasaron San Braulio y Tajón, San Julián y San Eugenio. Después del tratado «De Virginitate perpetua B. V. Mariae» del gran obispo toledano S. Ildefonso, se interrumpen en la bibliografía española los testimonios de la tradición sobre temas marianos, pues ni nuestros escritores mozárabes trataron «ex professo» el problema, ni la cultura de los incipientes reinos cristianos de León y Castilla, Navarra, Aragón y Cataluña pudo producir otra cosa que una serie de Crónicas que «de un modo por lo general escueto apuntan una batalla, la muerte de un rey, la ocupación de una plaza fuerte, la derrota por los enemigos del Sur, las victorias que trabajosamente van consiguiendo los habitantes del Norte».

Tiene por tal razón una mayor importancia el poema del trovador de Santa María, y como que no presume él de teólogo ni pretende hacer obra didáctica, su testimonio se presenta revestido de tal espontaneidad y sencillez que lo constituye en reflejo incontrovertible de la fe popular de la tierra riojana en sus días.

Por lo demás, su doctrina no es nueva. Se conocen las fuentes literarias donde aprende sus relatos.

Entremos, pues, en materia.

Excelencias Marianas

La simple lectura de la obra de Berceo deja en el alma del lector una imborrable impresión; siéntese saturado de espíritu

mariano y dulcemente impresionado de las excelencias y casi omnipotencia de la Gloriosa Santa María. La Introducción, sobre todo, vale por un tratado de las excelencias de María.

Berceo «yendo en romería» llega a un prado

Verde e bien sençido, de flores bien poblado,

Semeia esti prado igual de paraíso

En qui Dios tan grand graçia, tan grand bendicion miso:

María es este prado «siempre verde en onestat,

Ca nunca ovo macula la su virginidat,

Post partum et in partu fue Virgin de verdat,

Illesa, in corrupta en su entegredat.

Su oración siempre eficaz es

La sombra de los arbores, buena, dulz e sanía,

En qui ave repaire toda la romería,

Si son las oraciones que faz Santa María,

Que por los pecadores ruega noch e día.

Prueba de esa eficacia

Son los santos miraclos que faz la Gloriosa, que por ser mucho más dulces que «azucar sabrosa», compara con «los arbores que facen sombra dulz e donosa». Pregoneiros son de las excelencias marianas los apóstoles, los Gregorio, los Agustín, los confesores, los mártires, las vírgenes. Las flores del prado «que lo facen fermoso, apuesto e temprado» son los nombres de María. A ella se la invoca como

Señora —De cuerpos e de almas salud e medicina.

Estrella de los mares

Reina de los cielos

Templo de Jesucristo

Estrella matutina.

Ella es el vellocino de Gedeón, la fonda de David, la fuente «de qui todos bevemos». «Ella nos dió el cevo (Cristo Eucaristía) de qui todos comemos». Y sigue anotando nombres que se aplican a la celestial Señora, revelándonos sus grandezas. María es puerto y puerta. Ella es paloma de reconocida mansedumbre. Es Sión, trono de Salomón, vara de Moisés.

Es dicha vid, es uva, almendra, malgranada

Que de granos de gracia está toda calcada;

Oliva, cedro, bálssamo, palma bien aiunada,

Piértega en que sovo la serpiente alzada.

Y pone fin a tan larga enumeración pues
Más serien los sus nonnmes que nos della leemos.
Que las flores del campo del más grand que savemos.

A lo largo del poema, a cada paso la llama con el epíteto de «Gloriosa», «Madre del Rey de Magestat», «Madre de Cristo», «Madre del Criador». A cada momento sorpréndense en sus labios el sabroso nombre de «Santa María», «Virgo María», «Virgo Pretiosa». Menos frecuentemente los de «Virgo Real», «Virgo Coronada», «Reina preciosa», «Madre Preciosa» y «Gloriosa Madre Santa María», «Madre Benedicta», y una sola vez (M. 25) el de «Reina Acabada», «Nuestra Dama» y «Madre del pan de trigo» en el Milagro de la «Deuda pagada».

En la «Abadesa en cinta» la nombra
Reygna coronada, templo de castidad,
Fuente de misericordia, torre de salbedat.

Pero el pensamiento central en torno al cual úrdese el tejido de los legendarios Milagros es, sin duda, la Mediación Universal de María presentando a su público a la Madre de Dios como la gran

Medianera de las gracias

Es esta una verdad sobre la que la investigación teológica ha llenado hoy muchos volúmenes, estudiándola en los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, la tradición cristiana universal plasmada en las obras artísticas, ya plásticas, ya literarias. Pláceme, por lo mismo, rastrear ligeramente en los Milagros de Berceo su fe sencilla y no reflexiva sobre esta verdad que, en su enunciado más general, pertenece sin duda al depósito de la fe.

Distinguen allá los teólogos, apoyándose en S. Tomás de Aquino, la mediación ontológica y la mediación moral, que analizaremos separadamente.

La mediación ontológica exige que el Mediador sea realmente «medio» entre los dos extremos al unir; es decir, tenga «algo común» con ellos, y «algo distinto» de ellos.

Esta mediación se da en María por su posición ontológica entre Dios y los hombres. Pues posee la naturaleza humana y por su dignidad casi infinita de Madre de Dios se coloca rayana con la divinidad. Por otra parte, María «preservada inmune del pecado original desde el mismo instadte de su concepción puri-

sima por los futuros méritos de Cristo, Salvador de los hombres, y redimida así de modo más sublime, no fué «sacada de la masa del pecado», sino «preservada» para que en él no incurriera, y estuviera así alejada de los demás hombres, que son, por naturaleza, hijos de ira».

Berceo, sin disquisiciones teológicas, presenta esta mediación ontológica en María. Claras aparecen la dignidad casi infinita de María y su inocencia sin igual. La casi infinita dignidad de ella, que la constituye «Medio» entre Dios y el hombre aparece realzada cuando escrito (M. 1.º)

La Madre con el Fijo, par que non a equal,
Dissoli la Gloriosa : «lo so Sancta Maria,
Madre de Jesucristo, que mamó leche mfa. (M. 3.º)
..... Seas bien sabidor,
Io so la que parí al vero Salvador,
Que por salvar el mundo sufrió muert e dolor,
al que facen los ángeles servicio e onor.

En cuanto a su limpieza de toda culpa, queda plenamente clara en la estrofa que dice :

Esti prado fue siempre verde en onestat,
Ca nunca ovo macula la su virginidat,
Post partum et in partu fue virgin de verdat,
Illesa, in corrupta en su entegredat (M. Introduc.)
Como es la Gloriosa plena de bendicion,
Es plena de gracia, e quita de dicion.

Por ello es realmente Santa María Medianera entre Dios y los hombres.

Examinemos ahora la llamada mediación moral. Esta importa el ejercicio y acto de unir los extremos. Y esto puede hacerse doblemente : 1.º mereciendo por ellos y ayudándoles con sus propias obras; y 2.º intercambio o suplicando a una parte en favor de la otra.

Según esto la mediación moral se da perfectamente en María y es simple corolario, ante todo, de su privilegio de Corredentora del humano linaje, mereciéndonos «de congruo» las gracias que el Dios Hombre mereció «de condigno». Y en segundo lugar es efecto de su privilegio de Abogada e Intercesora ante Dios y ante su Hijo Jesucristo con un poder tal, que le ha valido el nombre de «Omnipotencia suplicante».

Así, pues, por su corredención nos mereció todas las gra-

cias; por su intercesión nos las alcanza todas y se nos aplican a su gusto y voluntad. Por esto la aclama la Iglesia como «Medianera de las gracias».

Así la aclama hoy el pueblo cristiano y como tal la invocaba también el auditorio de Berceo, con fe sencilla y ardiente.

En efecto; ya en la Introducción leemos que el poeta consideraba la sombra reparadora del alegórico prado como «las oraciones que faz Santa María, que por los pecadores ruega noch e día».

Pues Ella es: Madre tan piadosa, de tal benignidad
Que en buenos e en malos face su piedad.

Ella es fuente inagotable de gracias, «pozo fondo» «cabdal rio»,
Que todos beven de allí, bestias e el gentio :
Tan grand es cras como eri e non es más vazio,
En todo tiempo corre, en caliente e en frio.
Siempre acorre ella en todos los lugares,
Por valles e por montes, por tierras e por mares:

Su mediación, pues, es universal; de ella nos vienen todas las gracias, incluso la de nuestra eterna salvación, Si Cristo es nuestro Redentor, ella es la Corredentora; por esto afirma Berceo que

Los que por Eva fuemos en perdicion caidos,
Por ella recombramos los solares perdidos;
Si por ella non fuesse iazerriamos amortidos.

Precisamente porque es nuestra Corredentora
Dessend siempre contiende de valer a cuitados,
Gobernar los mesquinos, revocar los errados.

Por lo demás siendo María la Madre de Cristo:
Nol serie negada ninguna peticion,
No li dicrie tal fijo a tal madre de non.

Por ello el desgraciado Teófilo con plena confianza acude a Santa María para que le sirva Ella de «ENTREMEDIANA» o «MEDIADORA» recordándole :

Tu eres pora todo, grado al Criador
Por rogar al tu fijo, tu Padre, tu Sennor;
Que quier que tu mandes e o vieres sabor,
Todo lo fará él de mui buen amor.

Nuevamente insiste Teófilo en esta su certísima creencia:

Sennora benedita entre todas mugieres,
Bien lo querrá tu Fijo lo que tu bien quisieres:
Todo te lo dará lo que tú bien pidieres.

Teófilo fué consolado. Y como para con él así también para con otros ejercitó Santa María su papel de «ENTREME-DIANA» unas veces espontáneamente, otras cediendo a la petición de algún santo. Esto último acaece con Guiralt, el romero de Santiago, con los «Dos Hermanos» y muy dramáticamente en el triste caso del monje del monasterio de S. Pedro de Colonia, monje cuya alma llevaban ya los diablos a las cárceles infernales.

San Peidro el Apostol o vo del compassion,
Ca en su monesterio fiziera profession:
Rogo a Jesu Cristo con grand devocion
De su misericordia quel ficiese racion.

Pero Cristo replica a Pedro que no es esto posible. Entonces

Rogo a las vertudes San Peidro celestiales
Que rogassen al padre de los penitenciales,

No logrand o tampoco nada

Tornó en la Gloriosa Madre del nuestro don,
E en las otras virgenes que de su casa son:
Fueron ellas a Cristo con grand suplicacion,
Por la alma del monje hicieron oracion.

Pedro ha dado en el clavo; la partida está ganada:

Quando vio don Cristo la Madre Gloriosa,
E de las sus amigas procession tan preciosa,
Issió a recibirlas de manera fermosa:

¡ Alma que lo vidiere serie bien venturosa !

«Madre — dijo don Cristo —, yo saberlo querria:

¿ Qué negocio vos trae con esta compañia ?

«Fijo — disso la madre — a rogaros venia
Por alma de un monge de fulana mongia».

«Madre — dijo el fijo — no serie derechura
Tal alma de tal omne entrar en tal folgura:
Serie menoscabada toda la scriptura;
Mas *por el vuestro ruego* faremos y mesura.

Quiero facer a tanto por el vuestro amor:
Torne aun al cuerpo en qui fo morador,

Faga su penitencia como faz peccador,
E puede seer salvo por manera mejor».

Y baste lo dicho por no alargar desmesuradamente este trabajo. Por otra parte, el caso que estamos citando nos lleva a analizar ciertos

Problemas teológicos

que han planteado a los teólogos las narraciones maravillosas de los tiempos medievales.

Es el primero si asiste «en persona» la Virgen Santísima a sus devotos en el juicio particular que se sigue a su muerte.

La opinión católica es negativa, pues ni el mismo Cristo aparece corporalmente al alma del fallecido. Como dice San Cirilo Alejandrino: «No necesita aquel juez acusadores, ni testigos, ni demostraciones, ni reprobaciones. Sino que El mismo pone ante los ojos de los pecadores todo lo que han hecho, dicho y determinado».

Trono, Cristo, Virgen, ángel, demonio, libros, balanzas, etcétera, todo es pura ficción imaginativa. Es más, ni siquiera interviene María en el sentido de que con sus ruegos pueda hacer cambiar el decreto de la justicia de Dios.

Pero ¿puede algo María con su omnipotencia suplicante en el momento posterior a la muerte y anterior a todo decreto de condenación eterna, para evitar la desdicha de algún devoto suyo, que salió de este mundo en pecado mortal?

Es doctrina católica definida por Benedicto XII que *según la común ordenación de Dios*, las almas de los que mueren en pecado mortal actual descienden inmediatamente después de la muerte a los infiernos».

Esto es regla general; pero aquellas palabras «según la común ordenación de Dios» no cierran, en opinión de los teólogos, las puertas a posibles excepciones milagrosas y extraordinarias.

En el caso propuesto, teológicamente se admite la posible intervención de María, logrando no se fulmine la sentencia y se le devuelva la vida al reo a fin de que goce en el mundo de tiempo para hacer penitencia.

Tal es la solución que presenta también Berceo en los conflictos que crean a Santa María devotos como el «Sacristán impúdico», el monje de Colonia y Guiralt, romero de Santiago, que ANTES de ser sentenciados ya se ven reclamados por su

legítimo dueño Satanás, que arguye, basándose en la ley general, a los ángeles o a María, entablándose animado diálogo :

Esripto es que el omne alli do es fallado,
O en bien o en mal por ello es iudgado:
Si esti tal decreto por ti fuere falsado,
El pleit del Evangelio todo es descuiado.

Fablas — diz la Gloriosa — a guis de cosa nescia;
Non te riepto, ca eres una cativa bestia:

Luego la Gloriosa apela a Cristo y
El Rey de los cielos, alcalde savidor,
Partió esta contienda, non vidiestes meior;
Mandó tornar la alma al cuerpo el Sennor,
Dessent qual mereciesse recibrie tal onor.

Pero mayores dificultades se presentan en las intervenciones de Santa María en favor de Estevan contra quien «Dios el nuestro Sennor, Alcalde derecho, al que no se encubre bodega ni cellero» ya había pronunciado sentencia de condenación; o en el del «Labrador avaro» en «Soga de diablos cativado» al que

Rastravanlo por tienllas, de coces bien sobado.

¿ Entra en el campo de la omnipotencia suplicante de María el sacar algún alma de las cárceles del infierno, dada ya ciertamente la sentencia condenatoria por el divino Juez ?

No faltan teólogos, aunque rarísimos, como Mendoza, Garau y Craset que opinaron en sentido afirmativo «imaginando para ello un decreto de Dios, *como condicionado*, de atormentar a estas almas, a no ser que María rogase por ellas, o un decreto por el que serían atormentadas en el infierno por un tiempo determinado, hasta que María impetrase su liberación.

Verdad es que tal sentencia no se apoya en hecho histórico alguno y que comúnmente se la tiene por contraria a la sana teología. Pero nadie ha demostrado aún que sea herética.

Estridencias teológicas

En este ligero ensayo no podemos pasar por alto ciertas estridencias, ciertas frases mal sonantes, que llaman la atención aun al más distraído lector.

Tales son, por ejemplo, las disputas entre Santiago y Satán (M. 8.º), la conducta despechada de San Lorenzo y Santa Inés (M. 10.º), y muy en particular las disputas de Santa María con

los demonios, «con gran celo y suma de argumentos» o su actuación de juez para pleiteantes tales como Santiago y Satán.

Más curioso es ver a Santa María espantando al demonio que en forma de toro quería acometer al clérigo bebido, «con la falda del manto» o luego embistiéndolo «con un palo en la mano para león ferir» y dándole luego «de grandes palancadas».

«Hay mucho en estas leyendas — dice Menéndez y Pelayo — que puede alarmar u ofender a la melindrosa devoción de nuestros días, tan falta de sentido poético y de robusta confianza; hay algo también que fué pagano antes de ser cristiano y conserva todavía resabios de su origen, como el cuento del desposado, a quien la Virgen, como celosa de su abandono aparta de su mujer la misma noche de bodas».

Resabios de paganismo (Mitología) serán sin duda esos sentimientos de venganza que manifiesta Santa María.

Al Obispo (milagro 9.º) acomete con «fuertes dichos» y «braviello sermon y al ser profanada su iglesia (milagro 17.º)

Pesól de corazón, fo ende despechada,
Demostrógelo luego que lis era irada.

Y es doctrina de Berceo que :

A los que en mal andan echalis malas redes, como se echa de ver en lo acaecido a Sangrio (milagro 1.º) y a los Judíos de Toledo».

Por lo cual sepa
Qui a Sancta María quisiere afontar,
Como estas ganaron assin deven ganar.

Y que

A los que la dessierven sabelos mal curar.

Pues

Tal es Sancta Maria que es de gracia plena:
Por servicio da gloria, por desservicio pena,
A los bonos da trigo, a los malos avena,
Los unos van en gloria, los otros en cadena.

Qui servicio li faze, es de buena ventura
Qui fizo desservicio, nació en ora dura:
Los unos ganan gracia e los otros rencura.

Si bien en este pasaje no olvida Berceo que en María se sobrepone a su venganza su gran misericordia :

Los que fuerro li tienen o que la dessirvieron,
Della merced ganaron, si bien gela pidieron:
Numqua repoió ella a los que la quisieron,
Ni lis dió en refierta el mal que li hicieron.

Mas todo le ha sido disimulado a Berceo y en verdad que le es perdonable ya que habla a gente sencilla de fe ardiente y en el lenguaje pintoresco con que podría hacerlo un juglar exento en absoluto de escrúpulos por inexactitudes teológicas y atento sólo a cautivar con vivas imágenes la fantasía popular.

El señorío de María

Inútilmente he buscado leyendo una y otra vez el poema, algún testimonio de la fe de Berceo en el privilegio mariano de la Asunción de la Gloriosa. Quizá por mi torpeza no he sabido hallarlo. Cierta que se presenta a Santa María en los *Milagros* berceanos con tal realidad y viveza como si en carne mortal viviese; pero esto no basta, pues con igual vitalidad actúan varios santos y aun los mismos demonios. Tanto más me maravilla cuanto que en el convento de San Millán se escribió el *Liber Comitis*, por el que sabemos que tal fiesta se celebraba en España ya en el 7.º siglo y con pompa.

Por el contrario aparece en este poema con claridad meridiana el señorío de Santa María. Ella es aclamada «Reina de los cielos», «Madre del Rey de Majestad», «Reina acabada».

Pero más que su misma realeza es exaltado quizá su dominio universal secundario de todas las criaturas, dominio que la hace acreedora al título de *Señora* en sentido propio y escrito, como dicen los teólogos, y por el cual somos no sólo súbditos o vasallos sino también «siervos», «esclavos» de María. Servidumbre, esclavitud proclamada ciertamente por el mismo Verbo Encarnada desde la cátedra de la cruz cuando designó a su Madre con la solemne palabra MULIER, cuyo significado es SEÑORA MADRE. Luego María fué Señora y Cristo súbdito, siervo de María.

«¡Señora Madre! No es necesario ahondar en el concepto de la maternidad para hallar el de una superioridad especial, de un señorío verdadero, inconfundible con cualesquiera otros títulos de señorío que sobre el hombre, sobre el hijo puedan alegarse. «Parius sequitur ventrem» decían los antiguos; es decir, el hijo es sacratísima propiedad de la madre» (Dr. I. Gomá).

Ahora bien: «Donde hay propia y especial razón de domi-

nio — dice Santo Tomás — allí hay propia y especial razón de servidumbre, porque la servidumbre se dice con relación al dominio».

Siendo esto cierto, ¡ conclusio patet ! diremos «more scolastico» y llenos de asombro repetiremos con el piadoso y sabio Cardenal Gomá : «¡ Cómo se agiganta, a la luz de este principio teológico, en relación con el hecho fisiológico y moral de la maternidad de María, la soberanía de la Señora Madre !»

Berceo, en su obra maestra, siente también igual admiración. De continuo trae en sus labios los nombres de «Duenna» y «Sennora», pues «es aclamada e eslo de los cielos Reyna» y «Sennora natural» (Introduc), cuya gran dignidad radica en el hecho fisiológico de su maternidad divina:

Seas bien sabidor,
Io so la que parí al vero Salvador.

Oigamos cómo cantan las excelencias de la celestial Señora: Ella es la «puerta del paraíso, en qui el Rey de la gloria tantas bondades misso». Ella es la «Sennora benedicta, de qui todo bien mana». Ella es la Señora soberana que «libra sus siervos del fuego perennal y llévalos a la gloria do nunca vean mal».

Por esto presenta Berceo a los siervos de María afanosos y esmerados en servirla. Ahora es San Ildefonso que «en buscarli servicio methie toda femencia» haciendo con ello «seso y buena providencia». Más tarde es el «Missacantano» de Pavía que «fazie a la Gloriosa servicio mui cutiano, los dias e las noches, yvierno y verano».

Luego es un monje de «abito reglar» quien
De que fo enna orden, bien de que fo novicio
Amo a la Gloriosa siempre facer servicio.

Finalmente, por no alargar más, es el clérigo que
Amava al so Fijo e amava a Ella,
Tenie por sol al Fijo, la madre por estrella,
Querrie bien al fijuelo e bien a la poncella,
Porque los servie pocco estava con gran querella.

Muy justamente podía lamentar sus tibezas en el servicio de tan gran Señora dada la utilidad que tal servicio a todos puede reportar, pues

Si nos bien la sirvieremos, que-quiere quel pidamos
Aqui lo entendremos bien ante que muramos,
Lo que allí methieremos que bien lo empleamos.

Es más:

La Virgen Gloriosa, estrella de la mar,
Sabe a sus amigos gualardón bueno dar:
Bien sabe a los buenos el bien gualardonar.

Por ello

Si a Ella sirvieremos nuestra pro buscaremos,
Onrraremos los cuerpos, las almas salvaremos,
Por pocco de servicio grand galardón prendremos.

No sigamos. Basta lo dicho. Mas antes de cerrar este apartado invoquemos con el poeta riojano la protección de la excelsa Señora con la estrofa final de su poema :

Tu nos guía, Sennora, enna derecha vida
Tu nos gana en cabo fin buena e complida,
Guardanos de mal golpe e da mala caida,
Que las almas en cabo ayan buena essida. Amen.

Moralidad de medievo

Sabido es que los pueblos bárbaros acabaron con la refinada civilización romana, madre fecunda en sus últimos tiempos de corrupción y de gradación. Sobre sus ruinas se asentaron pueblos jóvenes, razas fuertes, en las que la naturaleza, inculta aún, se presentaba con todas las fuerzas del instinto no domeñado.

La Iglesia fué la educadora de la nueva sociedad, del hombre del medioevo, que se siente dominado por instintos de fuerza brutal, al par que germina y enraiza en el fondo de su ser la fe en un Dios justiciero que reina más allá de la tumba.

La tierra le atrae con sus hechizos; «las seducciones de la carne, el veneno de la ambición, la malicia, la falsedad, la ira, son también azote de aquellos hombres de ruda contextura moral; pero sobre todas estas transgresiones del grosero barro humano, sobrenada siempre una lucecita del espíritu, lámpara de devoción que siempre está encendida ante el altar de la Divinidad, y que, al fin, ha de ser prenda de salvación eterna».

Este mundo de caídas groseras y de lágrimas contritas se descubre a través de los *Milagros* de Berceo.

Allí aparece simbolizado en Siagrijo, sucesor de San Ildefonso en la cátedra toledana, el vicio capital de la soberbia. Siagrijo quiere ponerse, para celebrar, la casulla que Santa Ma-

ría regaló a Ildefonso, y lleno de orgullo la reclama, pues

Nunqua fue Illefonso de maior dignitat,
Tambien so consegurado como él por verdat,
Todos somos eguales enna umanidat.

Esclavo de la envidia y cegado por desbordante orgullo, Teófilo se arrojará a los más espantosos crímenes, venderá su alma a Satanás y se convertirá, quizás, en el precursor literario del Fausto de Goethe.

El ladrón devoto, el labrador que «cambiaba los mojonos por ganar heredad», el judío prestamista de Constantinopla, desfilan en el poema como tipos corrientes de los servidores de Mammón. El tipo denigrante del avaro lo encontrará Berceo, con la escandalizada cristiandad medieval, en el clérigo Peidro, «varón sabio e noble del Papa Cardenal» y que como tal vivía (citaremos sus palabras por su valor dogmático).

Enna villa de Roma, essa noble cibdat,
Maestra e sennora de toda cristiandat.

El cuadro se ennegrece. El espíritu del mal invade el santuario. No temamos. Berceo nos acompaña: él no es un simple juglar que se complace en pintar cuadros de subido color, es un clérigo, cuyo elevado espíritu sacerdotal se transparenta en todas las páginas de sus poemas y habla con la sencillez del «Maestro en confesión» que conoce la fragilidad del corazón humano, corazón de carne, que no puede menos de sentir los hechizos y atractivos de la carne.

El primero que sucumbe en el poema es un monje «Beneito» que

Priso un uso malo el locco peccador;
De noche, quando era echado el Prior,
Issie por la elesia fuera de dormitor,
Corrie el entorpedo a la mala labor.

Tras él desfila el monje de Colonia, también esclavo de la carne, y que murió sin sacramentos, siendo llevada su alma a los infiernos.

Mas no era contra tales tentaciones en la Edad Media más fuerte que el hombre el sexo ya de suyo débil. Y así recoge Berceo el Milagro de la Abadesa que tras su caída «fallóse embargada».

Al lado de estos escándalos, naturalmente, pierden gravedad y relieve las debilidades del romero de Santiago.

Otras debilidades tiene el humano corazón que con pinceladas maestras describió Berceo en la «Iglesia profanada» y «El Clérigo embriagado». Pero el cuadro trazado por el poeta hubiera sido incompleto de no reflejarse en él la perfidia de los judíos o la ignorancia de los clérigos. Nada olvidó. Mas no se regodea en tantas bajezas; no es un Rabelais ni un Wicleff, ni siquiera un Arcipreste de Hita; su corazón sacerdotal siente nostalgias por aquellos «tiempos derechos» en que los hombres vivían «a buenas», llegaban a longevidad tal «que Vedien a sus trasnietos en septima edad».

Su celo apostólico se complace, por el contrario, en hacer resaltar sobre la negrura del cuadro, y sobre la perversión de sus figuras la devoción sencilla y constante que todos ellos profesaran a Santa María y que les valió la milagrosa intervención de Ella para escapar de sus males de cuerpo o alma.

Así nos dice que uno «facie a la su estatua enclin cada día»; otro «credie en la Gloriosa de toda voluntad»; éste «diciela cada día: Ave gratia plena» «a iantar e a cena»; aquél en el peligro la invocaba con un «valme Santa María», mientras que el clérigo ignorante «dicie cutidiano missa de Santa Maria».

Y así todos. Amalgama, íntimo maridaje de pasiones desbordantes y de fe sencilla e inquebrantable en Santa María. Esta es la doble silueta moral del medioevo como la hallamos en Berceo.

Devoción y confianza

Notemos, aunque sea de paso, que en el siglo XIII adquiere cada día mayor auge la devoción a Santa María; las semillas sembradas en el siglo anterior por teólogos marianos como San Anselmo y San Bernardo, fructifican ahora con las doctrinas de un Alberto Magno y un Santo Tomás; con los fervores seráficos del «Poverello de Asís» y con el celo ardiente del apóstol si no fundador del Santo Rosario.

A la simple fórmula de la salutación angélica

«Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, bendito el fruto de tu vientre».

se añade ahora una sencilla súplica :

« Santa María, ruega por nosotros ».

Aparece además el «escapulario mariano» y la piísima salu-

tación del Angelus (1). Unos 10.000 santuarios marianos en todo el orbe católico se convierten en otros tantos templos de frecuentes y devotas peregrinaciones. Por doquier se levantan catedrales en honor de Santa María y en ellas, convirtiéndose en práctica general el canto de Letanías y de la Corona o Salterio de María, no cesaban las alabanzas de la gran Señora, como nos atestigua con satisfacción nuestro poeta :

Por todas las iglesias, esto es cada día,
Cantan laudes antella toda la clerecia:
Todos li fazen cort a la Virgo Maria;
Estos son rodennoles de grand plazeria.

Para el mayor aumento de esta devoción a Santa María en la tierra riojana escribió su *Trovador* además del *Duelo* y *Loores*, su obra maestra los *Milagros de nuestra Señora*. Con esta última no pretendió otra cosa sino despertar en sus oyentes, con la narración de las maravillosas gestas de la Gloriosa en pro de justos y pecadores que en alguna forma de corazón la hayan invocado, una mayor devoción y confianza. Esta fué la finalidad práctica de su poema. Acá y acullá sembrará una estrofa arengando al auditorio a poner en Santa María su confianza :

Qui tal cosa udiesses, seria mal venturado,
Si de Sancta Maria non fuesse muy pagado:
Si más no la honrase serie desmesurado.

Quien a Ella ame, quien a Ella invoque, quien a Ella se confie, tiene asegurada la salvación eterna.

Todo omne del mundo fará grand cortesía
Qui ficiere servicio a la Virgo María:
Mientras que fuere vivo, verá plazería,
E salvará el alma al postrimero día.

Por ello presenta la devoción a la Gloriosa como el mayor de los bienes :

Esto es SUMMUM BONUM, servir a tal Sennora,
Que save a sus siervos acorrer en tal ora.
Esta es buena tienda, esta buena pastora,
Que bale a tot omne que de buen cor la ora.

(1) Se generaliza la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Mas no es una devoción superficial y engañosa la que Gonzalo pregona :

Amigos, si quisiesedes vuestras almas salvar,
Fech confesión vera, non querades tardar,
E prendet penitencia, pensatla de guardar.

Su posición, pues, es clara y concuerda perfectamente con la más pura doctrina teológica basada en la tradición y en los Santos Padres.

El mismo puede servirnos de modelo, pues, acabado su canto, lleno de devoción y confianza, se arroja en brazos de su celestial abogada abandonando a sus cuidados la propia causa de la salvación de su alma :

Madre, del tu Gonzalvo sey remembrador,
Que de los dos Miraclos fué dictador:
Tu fes por él, sennora, prezes al Criador,
Ca es tu privilegio valer al peccador.
Tu li gana la gracia de Dios nuestro Sennor. Amen.

Conclusión

Non habemus hic civitatem manentem.

Habla el clérigo de San Millán :

Todos quantos vevimos que en piedes andamos,
Si quiere en preson, o en lecho iagamos,
Todos somos romeos que camino andamos :
San Piedro lo diz esto, por él vos lo provamos.

Quanto aquí vivimos, en agerto moramos;
La ficanca durable suso la esperamos,
La nuestra romería estonz la acabamos
Quando a paraiso las almas enviamos.

Este pensamiento trae el maestro Gonzalo de Berceo en la portada de su obra. Somos romeros peregrinos, «viadores» dirían los teólogos.

¿ Qué significa esto ?

El auditorio que escuchaba a Berceo lo sabía muy bien. No pasaba tan lejos la ruta que llevaba a Santiago de Compostela y quizá más de una vez ante aquel mismo «portaleyo» en que de ordinario el clérigo les hablaba, algún peregrino, al caer

de la tarde, les había hablado de sus andanzas, peligros, penas y fatigas. Pues a los tales nunca les faltaban

Nin niebes, nin eladas, nin ventiscas mortales,
Nin frio, nin calentura, nin estas cosas tales
Nin cansadat, nin fambre, nin malos temporales.

¡Qué dulcemente sonaría a los oídos de aquellos caminantes, al caer las sombras de la noche, el ronco son de la campana avisándoles de la cercanía del monasterio acogedor que jalonaban su camino !

¡Cómo ambicionarían un prado, cual lo describiera Berceo, «logar cobdiciaduro para omne cansado» !

Pues bien, según el maestro Gonzalvo, nosotros los que peregrinamos en este mundo, lo tenemos a mano, este prado es MARÍA.

En esta romería avemos un buen prado
En qui trova repaire tot romeo cansado.
La Virgin Gloriosa, Madre del buen criado
Del qual otro ninguno equal non fué trobado.

Ea, pues; sea la voz de Berceo para nosotros como tañido de campana monacal. Somos peregrinos: necesitamos reparar las perdidas fuerzas.

Entremos, pues, en el prado. El camino es éste: devoción sincera que huye del pecado; servicio fiel y amoroso a Santa María Señora nuestra; confianza plena en la Medianera Universal.

El *Trovador de Santa María* marchó delante abriéndonos camino. Llegó al prado, gozó de su bienhechora sombra y atestiguó para nuestra instrucción :

Nunque trobé en sieglo lograr tan deleitoso,
Nin sombra tan temprada, ni olor tan sabroso.
Yaziendo a la sombra perdí todos cuidados,
De todo el lazerio fui luego folgado:
Oblidé toda cuita, el lazerio passado:
¡ Qui alli se morasse serie bien venturado !

Hoy, en pleno siglo XX, en medio del hervor febricitante de la civilización moderna, la sombra de Berceo ahondona su glorioso sepulcro y se hace enconradiza en todos los caminos de la vida, para hablarnos idéntico lenguaje pero con mayor énfasis y sin enigmas ni simbolismos, pues para él se disiparon ya

las neblinas, se descorrieron los velos y lo que glosó un día alegóricamente, lo tiene ya sin duda trocado en realidad viva y palpitante, como lo cantó Manuel Machado, gran admirador de Gonzalvo.

«RETABLEO

Ya están ambos a diestra del Padre deseado,
los dos santos varones, el chantre y el cantado,
el gran Santo Domingo de Silos venerado
y el Maestro Gonzalo de Berceo nomnado.

Yo veo al Santo como en la sabida prosa
fecha en nombre de Christo y de la Gloriosa:
la color amariella, la marcha fatigosa,
el cabello tirado, la frente luminosa...

Y a su lado el poeta, romeo peregrino,
sonríe a los de ahora que andamos el camino,
y el galardón nos muestra de su claro destino:
una palma de gloria y un vaso de buen vino ».